

Adam Ferguson y la difícil articulación entre el comercio y la virtud

María Isabel Wences Simon*

Resumen: Durante el período Ilustrado hubo un discurso difundido que aclamaba la supremacía de la esfera económica sobre lo político y lo ético. Adam Ferguson, destacado filósofo de la Ilustración escocesa, no lo compartía, juzgándolo monolítico y reductor. Pensaba que la llegada de la sociedad comercial –del mercado–, decisiva para el progreso económico, fue también factor de desequilibrios que amenazaban el porvenir de la sociedad. Lo político era un elemento fundamental de la reproducción social. Se confrontaban dos modelos: uno basado en el principio que parecía guiar, universalmente, las relaciones entre los hombres: el intercambio económico; y una representación de la sociedad civil basada en la virtud del ciudadano. Ferguson defendió el segundo: un hombre virtuoso no es el que serenamente contempla lo que pasa a su alrededor, sino aquel que ejerciendo su virtud activa mira a lo político. En esta perspectiva, lo virtuoso y lo político se encuentran estrechamente enlazados.

Palabras clave: Adam Ferguson, virtud cívica, comercio, corrupción.

Adam Ferguson and the Complex Relationship between Commerce and Virtue

Abstract: During the Enlightenment period, a divulged discourse proclaimed the supremacy of the economic sphere above the political and ethical ones. However, Adam Ferguson, one of the main exponents of the Scottish Enlightenment, did not accept thus. To him, the arrival of commercial society —the market—, decisive for economic progress, also brought about a disequilibrium which threatened the future of society. The political element was fundamental in order to preserve societies. Two models were thus confronted: one based on the principle that seemed able to guide human relationships universally: economic exchange; and on the other hand, an image of civil society based on the virtuosity of the citizen. Ferguson was a defender of the second model; for him, a virtuous man is not the one who serenely contemplates what is happening around him, but one who through his active exercise of virtuosity looks up to the political sphere. In this way, virtuosity and politics become closely connected.

Key words: Adam Ferguson, civic virtue, commerce, corruption.

* * *

Introducción

Adam Ferguson, un pensador preeminente de la Ilustración escocesa, publicó en 1767 su conocida obra *An Essay on the History of Civil Society*, la cual era una versión más extensa de un escrito elaborado varios años antes y titulado *Treatise on Refinement*¹. El *Essay* fue muy bien recibido por el mundo intelectual de la época, y antes del fin de siglo se habían publicado seis ediciones inglesas y traducciones francesa, alemana e italiana. Su favorable recepción provino no sólo de sus contemporáneos escoceses², sino también de reconocidas personalidades de Londres y del continente³.

Sin embargo, esta obra cayó, durante una larga temporada, en el olvido y hubo que esperar más de dos siglos para verla revitalizada⁴. En ella, considerada por J. Keane como “uno de los mejores trabajos de la Ilustración escocesa” y por G. McDowell como “un manual de enseñanzas para los hombres de Estado”⁵, Ferguson abraza los avances en las condiciones de vida que acompañaron al advenimiento de la sociedad civil —una sociedad de carácter principalmente comercial—, pero sin perder de vista que con su presencia también llegaban una serie de problemas y potenciales riesgos para los que el mundo moderno liberal no tenía respuestas. El escocés considera que las sociedades civiles comerciales afrontan grandes peligros como consecuencia de la creciente idea de que el vínculo social podía mantenerse únicamente por las acciones económicas, relegando a un segundo plano las dimensiones ética y política. Ferguson se niega a aceptar la supremacía de lo económico, del comercio, el cual por una hábil argucia de la historia, hacía creer que la sociedad se beneficiaba de ello. Al escocés le preocupa la subordinación de la vida social al sistema económico porque creía que si la sociedad civil se ciñe al ámbito del mercado pueden aflorar graves

adversidades sociopolíticas. Entre estas, la corrupción política y la pérdida de libertades y, como consecuencia de ello, el despotismo y la ruina de la sociedad.

Para encontrar salidas a estos inconvenientes, creía el ilustrado, había que buscar soluciones en el pensamiento político del pasado. Por ello, quien lea con detalle el *Essay* podrá percibir tanto la fuerte influencia del estoicismo romano, en concreto las ideas de Epicteto y Marco Aurelio, y las de Tácito, Tucídides y Cicerón, así como la estela de Maquiavelo y Montesquieu. Con estas fuentes de inspiración, Ferguson construye una propuesta que pretende enlazar, por un lado, el humanismo cívico clásico y, por el otro, el emergente liberalismo. Esta proposición, calificada por algunos autores como una suerte de “*liberal-estoicism*”⁶, intenta encontrar vías para conciliar el clásico dilema del binomio sociedad comercial y virtud cívica. Es un debate que tiene lugar en un contexto que mayoritariamente reivindicaba los presupuestos del liberalismo económico, pero que no desviaba la mirada de los valores de la tradición republicana, y busca continuamente apostar por lo político como componente medular de la naciente sociedad civil de carácter comercial⁷.

Con esta propuesta de Ferguson se ofrecen argumentos que comparten con Pocock el objetivo de acabar con uno de los mitos más frecuentes y esterilizadores que han acompañado a gran parte de las interpretaciones de la historia de las ideas políticas modernas⁸. El mito según el cual esta historia se entiende solamente dentro de los términos del paradigma liberal jurídico, obviando que la historia del pensamiento político moderno posee también una corriente viva que ofrece valiosas explicaciones, las cuales demuestran que las realidades jurídicas y liberales modernas no brindan automáticamente remedios a los antagonismos de la libertad y del poder, y que la superación de esos inconvenientes depende en gran medida de algunas variables no jurídicas, tales como el espíritu cívico y la virtud política. Con ello, se pretende demostrar que la llegada de la sociedad civil comercial no significa tan sólo el arribo de un individualismo liberal, sino también el advenimiento de un conflicto entre, por un lado, un lenguaje que exalta al mercado, la especialización de las funciones, el lujo, el refinamiento de las costumbres, la pasividad política, la representación y bases para la estabilidad del gobierno; y, por el otro, un lenguaje republicano que insiste en la idea de que la libertad no puede subsistir sin la virtud y la participación política, las cuales se ven duramente amenazadas por aquel comercio que se acompañaba de especulación e intensa y diversificada división del trabajo.

Escenario metodológico para comprender el debate entre comercio y virtud

Para conocer el debate en torno al binomio comercio y virtud es necesario acercarnos al concepto de sociedad civil esbozado por Adam Ferguson. El análisis del escocés sobre esta noción se enmarca dentro de la apuesta metodológica empleada por el conjunto de los ilustrados escoceses -y gran parte de otros ilustrados-, que tiene como fundamento la explicación newtoniana del orden cósmico. Como es ampliamente sabido, la metodología científica utilizada con éxito en el mundo físico fue empleada también por un buen número de filósofos al terreno de las ciencias sociales. Aplicar al estudio del hombre y de la sociedad aquellos métodos científicos de investigación que acababan de demostrar su eficacia y valor en el terreno de las ciencias naturales fue una constante del movimiento ilustrado. Los filósofos partían del supuesto de que en la sociedad y en la historia, al igual que ocurre en el terreno físico, todas las cosas se encuentran unidas por una compleja cadena de causas y efectos; estructurarla constituía uno de sus principales objetivos, ya que de ello se podían inferir principios generales, leyes de naturaleza. De esta suerte, con base en la observación y en la experiencia, se concluían máximas de explicación sobre la naturaleza humana y la configuración social.

Asimismo, la creencia en el dato empírico y la confianza de que el método newtoniano de construcción del conocimiento era capaz de aprehender la realidad de manera objetiva fueron adaptadas por los ilustrados escoceses a la investigación histórica que procuró atenerse a los hechos y narrarlos tal como había, supuestamente, acontecido en la realidad. Este proceder llevó a Ferguson y a sus colegas a desarrollar un estilo historiográfico de carácter inductivo. Con este esfuerzo, la narración histórica comenzó a liberarse del casi total monopolio que tradicionalmente hacían de ella estadistas, militares y eclesiásticos, y comenzó un proceso de desconfianza hacia las narraciones tradicionales que solían estar sobrecargadas de relatos fabulosos o milagrosos. Los ilustrados escoceses dieron vida a una práctica historiográfica que exaltaba el rigor de las fuentes, el análisis socioantropológico e investigaciones con método.

De todo esto se deduce que uno de los mayores logros de Ferguson y sus amigos de la Ilustración escocesa fue hacer del análisis histórico una práctica científica. Es decir, empírica y sistemática; lo primero, porque ellos consideraban que su aproximación histórica era comprobable mediante la observación y la experiencia; y lo segundo, porque además de seguir un método comparado de análisis, fueron estrictos en el uso de las fuentes de información e intentaron adaptar al mundo social la premisa física de la operación causa-efecto.

Este proceder científico sobre la sociedad y la historia dio lugar a las primeras propuestas estructuradas sobre el desarrollo sociocultural. Con base en un complejo esquema sobre el devenir de la sociedad, los ilustrados escoceses diseñaron una teoría general del desarrollo histórico de la humanidad que se conoce como la teoría de los estadios y que es una herramienta metodológica de gran utilidad para el estudio de la sociedad civil.

Así, los ilustrados escoceses analizaron la evolución de la sociedad y el desarrollo social con base en esta teoría de los estadios que comprende grandes etapas “típico ideales” a las que denominaron caza, pastoreo, agricultura y sociedad civilizada o, como hizo Ferguson, salvajismo, barbarie y sociedad civilizada, civil. Cada una de éstas representa un avance con relación al periodo anterior y entre ellas se diferencian por tener concepciones distintas respecto al desarrollo cognitivo, la propiedad, el gobierno y el derecho, y diversas percepciones sobre las costumbres, el modo de subsistencia, las normas morales, la división del trabajo, etcétera.

Tomando como fundamento esta teoría, los ilustrados escoceses asentaron que la configuración de las instituciones sociales, políticas, económicas y lingüísticas y, con ellas, las comunidades sociales complejas, son el resultado de involuntarias acciones humanas. Este proceder, conocido como ley de las consecuencias no intencionadas de la acción, es lo que explica la formación institucional de la sociedad civil y no, como era para otras perspectivas filosóficas de la época, la intervención de un diseño deliberado.

La idea de que las estructuras sociales se originan y desarrollan espontáneamente es, sin duda, una de las aportaciones más significativas de la teoría social escocesa. Los ilustrados escoceses fueron pioneros en la idea de que las instituciones sociales y políticas son la consecuencia involuntaria de un proceso evolutivo de prácticas y hábitos cuyos efectos nadie previó ni proyectó. Afirmar que los órdenes sociales se generan espontáneamente y que, si bien fruto de una actividad plural, no son consecuencia del diseño humano contribuyó notablemente al origen y posterior desarrollo de las ciencias sociales.

La sociedad civil civilizada es el último período, hasta entonces conocido, de la teoría de los estadios. De acuerdo con este esquema, la sociedad civil, en tanto sociedad civilizada, ha reemplazado a las condiciones anteriores, tal y como la agricultura sucedió al pastoreo y el pastoreo a la caza. La condición civilizada emanó de estas formas tempranas de la sociedad y cuando llegó a su esplendor, en la Europa de los siglos XVII y XVIII, seguía en gran parte afectando, directa o indirectamente, a contenidos propios de la agricultura y el pastoreo y, por ello, los literatos la incluyeron en su gran diseño heurístico de los estadios. Sin embargo, esta sociedad alcanzó una relevancia de tal envergadura que dio lugar a sorprendentes transformaciones en los ámbitos relativos a las instituciones y a las costumbres sociales, afectando de forma revolucionaria a las técnicas agrícolas, a las profesiones, a las artes y, en definitiva, a los valores. Esto condujo a que la naciente sociedad recibiera, por parte de los literatos, una atención y dedicación más directa y a que fuese analizada con variables explicativas distintas de las que habían utilizado para explicar los estadios anteriores.

Los ilustrados escoceses están de acuerdo sobre las causas que explican el nacimiento y la configuración de la sociedad civilizada, pero los contenidos que ésta adquiere, el camino que sigue y los efectos en que puede derivar su proceder, generan en estos ilustrados percepciones y respuestas diferentes. La apreciación sobre las consecuencias sociopolíticas a las que pueden conducir las nacientes prácticas comerciales y las posibles soluciones para atajarlas va alejar a Ferguson, defensor de la virtud cívica, de algunos de sus colegas escoceses, defensores de la primacía del comercio.

Los peligros sociopolíticos de la sociedad civil comercial

Ferguson es consciente de que los hombres de la sociedad civil comercial han mejorado su condición individual: la ley es más estable, el gobierno es regular, la esclavitud ha desaparecido y tienen derechos frente a un Estado que se ve impedido de coaccionarles y censurar sus hábitos privados. Los individuos se han “pulido”, usando una expresión propia de Ferguson, porque sus conductas se han urbanizado; lo pulido ha superado la barbarie de las costumbres de los primeros tiempos, porque las necesidades del comercio y la producción les disuaden de expresar incivilmente sus pasiones. Sin embargo, Ferguson no asume el nacimiento del hombre moderno como una bendición, a él le inquieta el devenir de la virtud y de la acción cívica y política en un mundo enteramente privatizado donde los individuos se encuentran enfocados hacia sus funciones productivas y se guían por relaciones de intercambio.

Ferguson compartió con Smith y Hume la confianza en el poder del comercio que reemplazaba al viejo orden; los tres escoceses creían que la nueva alternativa ofrecida por el comercio era la dirección más segura para la civilización de la humanidad. Pero si bien Ferguson compartió este común fundamento con Smith y Hume, sus análisis prospectivos fueron considerablemente diferentes. Ferguson fue mucho más crítico que Smith o Hume sobre los peligros a los que podía conducir el espíritu comercial. Argüía que la fuerza del comercio podía conducir a una nueva forma de tiranía. Ferguson no creía, como Smith, que la educación pública podía mitigar los inconvenientes del espíritu comercial, ni como Hume, que era necesario gobernar a los hombres despertando en ellos otras pasiones como “el deseo de la riqueza y de la industria del arte y el lujo”⁹, y no con base en los principios de confianza del espíritu público propio de Esparta.

Los peligros sociopolíticos que acompañan a la llegada de la sociedad civil comercial y que inquietan intensamente a Ferguson pueden englobarse en dos grandes tipos. Por un lado, las consecuencias negativas de la inevitable intensificación de la división del trabajo; y, por el otro, las amenazas que conllevan la creciente tendencia al reposo y la llegada del interés y el lujo que pueden corromper el espíritu público y abrir vías para que ascienda el despotismo. En efecto, uno de los rasgos que distingue a la sociedad comercial de los anteriores estadios del desarrollo social es la extensión de la división del trabajo; “el progreso del comercio no es sino una continua subdivisión de las artes de la mecánica”, diría Ferguson en el *Essay*¹⁰. El ilustrado comienza su análisis sobre la separación de las artes y las profesiones compartiendo la difundida idea en la época de que la división del trabajo daba como resultado una sociedad comercial que, gracias al intercambio de mercancías, había llegado a un momento de gran auge económico: “Cada empresario de una industria descubre que cuando más puede dividir el trabajo de sus operarios y puede emplear más mano de obra en artículos diferentes, más disminuyen sus gastos y más aumentan sus beneficios”¹¹.

Ferguson es consciente de los beneficios económicos que reporta la presencia de la división del trabajo -la separación de las artes y las profesiones-, en la sociedad civil. Una vez que el comercio se ha extendido, los intereses tanto individuales como públicos sugieren que la división del trabajo es necesaria. Cada hombre adquiere una gran habilidad de su pequeña labor en la cadena del trabajo. Por esta razón, la sociedad disfruta en mayor medida de los productos producidos más rápidamente y a menor costo¹². Sin embargo, estos beneficios no son lo suficientemente ventajosos como para hacerle olvidar las catastróficas secuelas éticas y políticas a las que puede conducir su propagación y su generalización¹³. En efecto, desde la óptica de la ética Ferguson, al contrario de Adam Smith, se ocupa de analizar con detalle los grandes males que acarrea la división del trabajo a la condición humana. Entre ellos, destaca, un posible ocaso del temple humano, una probable pérdida del ejercicio ciudadano y un potencial quebranto del honor marcial¹⁴.

Por otro lado, las consecuencias también son demoledoras si la división del trabajo va más allá del ámbito económico y alcanza la esfera de lo político disociando al ciudadano del guerrero y del hombre de Estado. Las palabras del ilustrado escocés son contundentes: “Al soldado se le releva de toda preocupación, excepto la del servicio, el estadista divide en departamentos los asuntos del gobierno civil, y los funcionarios públicos, en cada departamento, pueden tener éxito sin tener habilidad política, simplemente observando unas normas que se fundan en la experiencia anterior”¹⁵.

De ello se deduce que para Ferguson la política no es un arte que deba someterse a la división, en tanto que sí puede hacerlo la esfera de las relaciones económicas, la del mercado. Si la división alcanza el ámbito de lo político (en un sentido amplio que incluye la guerra), entonces las consecuencias negativas son

desastrosas. Por ejemplo, si se profesionaliza la milicia¹⁶, si el deber militar entra en el juego de la mercadería, aparecerán peligros que pueden amenazar al orden político. Si el deber del virtuoso ciudadano-hombre de armas se intercambia por monedas y se vuelve una profesión, la obligación política sobre la cual descansa ya no se plantea como una necesidad primera para el mantenimiento de la solidaridad social. Si se intercambia esta obligación guerrera mediante una contrapartida, el hombre (un hombre de un idealizado pasado que identifica al ciudadano con el guerrero) quebranta su virtud.

La división conduce a que el individuo pierda el sentido del bien público, esa preocupación por el interés común que vuelve efectiva la conciencia de pertenecer al todo de la sociedad. La división patológica de las actividades políticas hace desaparecer una virtud fundamental, aquella que Montesquieu y Ferguson después de él, definía como el amor de la patria. Cuando esto sucede, en el sentido más fuerte de la palabra, la sociedad se inmoviliza y cae irresistiblemente en la decadencia. Junto con la división del trabajo, el advenimiento de la sociedad civil comercial presenta otro peligro sociopolítico: la corrupción del espíritu público. Por corrupción, el ilustrado entiende una depravación del carácter humano que conduce a la indiferencia o a la pérdida de interés por participar en los asuntos públicos¹⁷.

Para Ferguson, los riesgos que representan la pérdida de virtud pública y la consecuente emergencia de la corrupción política son altamente preocupantes, pues son la causa principal de la degeneración de la sociedad civil. Por esta razón, el ilustrado escocés “formula una teoría de la sociedad civil” que se centra en denunciar cómo la corrupción es “una intrínseca y potencial amenaza a la moderna sociedad comercial”¹⁸. La corrupción, afirma con razón Robertson, “es una fuerza destructiva y dinámica que constantemente pone en peligro el edificio entero de la comunidad política. Al disolver la obligación de los ciudadanos a participar, conduce al descuido de las instituciones y a la consecuente pérdida de libertad política”¹⁹.

Es verdad que la sociedad civil ha adquirido una condición civilizada, pero ésta es reversible; no evita por sí misma la emergencia de la corrupción y la decadencia. Esto se debe a que la llegada de la sociedad civil comercial no sólo sustituyó las pasiones de gloria, honor y virtud, hasta entonces existentes, por intereses individuales, en particular aquellos que circulaban en torno al lujo, sino que también mermó la vida activa y exaltó la vida reposada, conduciendo a los hombres a adoptar una pasiva actitud política. Esto es, lo que conduce a la corrupción son aquellas conductas que “privan al ciudadano de las ocasiones de actuar como un miembro de la comunidad, que quebrantan su espíritu, rebajan sus sentimientos y descalifican su mente”²⁰.

Así, el reposo, que desencadena pasividad y despreocupación, impide a los hombres ser ciudadanos virtuosos. La inactividad, subraya el escocés, produce despreocupación; alguien que se encuentra muy ocupado en sus asuntos privados deja del lado su “espíritu público” y abandona las “virtudes activas”; cuando esto sucede los habitantes de las naciones comerciales devienen “indignos de la libertad que poseen”²¹. Si en los hombres esta tendencia comienza a echar raíces, caer en el despotismo es altamente probable; sin duda, para Ferguson el hedonismo es uno de los mayores riesgos que acompañan a la sociedad civil comercial.

Un principio básico de la filosofía general de Ferguson es creer que “el hombre no está hecho para el reposo”²². Los individuos, subraya, son por naturaleza seres activos y esta actividad debe ejercitarse a favor de los asuntos públicos, de los asuntos de la comunidad y no confinarse únicamente “a disfrutar de la fortuna” personal o a la búsqueda de los diferentes objetivos de placer²³. Un hombre que permanece impasible e inactivo ante la corrupción, está lejos de ser un ciudadano virtuoso. Si la tendencia a la pasividad se arraiga en la condición humana, entonces la corrupción y el despotismo comenzarán a brotar.

Ante este panorama, de desastrosas consecuencias éticas, sociales y políticas generadas por la intensificación de la división del trabajo, de la opulencia y el lujo, de la llegada del interés y de una inmovilización progresiva de aquello que hace actuar a los hombres y que les convierte en prisioneros de los fines directamente utilitarios y competidores, conduciéndolos a la pérdida de la preocupación por el fin público, Ferguson se pregunta cómo evitar que se corrompa el espíritu público de los hombres, la virtud, y se expandan los excesos de la riqueza, el comercio con lujo-. Cómo hacer para armonizar a la virtud con el comercio y evitar, al tiempo, que el despotismo encuentre un terreno fértil para instalarse y mantenerse.

Propuestas para conciliar el comercio irreversible

con la virtud imprescindible

La superación de esta situación presupone, al menos, tres condiciones: revitalizar la disposición activa de los hombres, recobrar el amor a la patria y contener al lujo. El primero de estos requisitos, como ya mencionamos, parte de la consideración de que el hombre es por naturaleza un ser activo y que, por lo tanto, el ser virtuoso no consiste en contemplar pasivamente su entorno. La segunda propuesta, recobrar el amor a la patria, se enmarca dentro de aquella tradición que considera al patriotismo como una virtud política. Ferguson, al igual que Montesquieu, se encuentra entre las principales figuras que otorgan un lugar central al ideal del antiguo patriotismo en el lenguaje político del siglo XVIII. Este amor a la patria, por una parte, engloba a la propiedad, a la seguridad, a las leyes y a la fe de los hombres; y por la otra, adquiere una connotación política cuya esencia es la identificación de la patria con la libertad, con el amor a una ciudad libre. El amor a la patria, dice Ferguson, se presenta en los hombres mediante una doble vía: participando en los asuntos de interés público y vigilando constantemente las acciones del gobierno para evitar que sus acciones se dirijan hacia el propio interés, como estando dispuestos a defender por sí mismos, gracias a su condición de ciudadanos guerreros, a la ciudad.

Respecto del lujo, la tercera condición, hay que subrayar que la preocupación de Ferguson no era detener la riqueza comercial, sino más bien regular la actitud de los ciudadanos hacia su adquisición. El literato consideraba que la amenaza a la sociedad venía, no tanto de la riqueza en sí, como de una conducta psicológica por la cual los hombres no pueden pensar en otra cosa más que en obtener riqueza. Ferguson reconoce los beneficios de la vida en una sociedad pulida; su preocupación consistía en prevenir a los hombres de los peligros que en ésta podían sufrir.

El lujo, nos dice el escocés, corrompe en dos sentidos. En primer lugar, desvía a los hombres de la búsqueda del bien público y, en segundo, los vuelve afeminados. El primer efecto surge por el vicio de los individuos de dirigir su mirada únicamente hacia la adquisición de la riqueza privada con el fin de disfrutar de lo superfluo. Libres de cualquier freno, los ciudadanos de las sociedades comerciales no se interesan por atender los deberes públicos porque su energía se concentra en buscar un beneficio privado. Si la búsqueda del lujo se vuelve un comportamiento social establecido sin que nadie pueda neutralizarlo, entonces el fallecimiento de la nación es tan sólo una cuestión de tiempo.

El segundo efecto que el lujo tiene sobre el cuerpo del ciudadano es el de afeminarlo. Esto tiene igualmente consecuencias graves. El lujo corrompe a los hombres porque aminora tanto su deseo como su capacidad de defender la nación. Ninguna fuerza militar efectiva puede componerse de hombres acostumbrados a un nivel excesivo de comodidad y de bienestar material. Un enemigo no tendría ninguna dificultad en vencer un estado defendido por un ejército tan débil. Frente a una serie de amenazas externas la supervivencia de la nación quedaría abandonada a su suerte. Así, para que los ciudadanos no se distraigan de sus tareas ciudadanas, es necesario apartar al lujo de su vida. Asistimos nuevamente al combate entre el economista, que entendía los argumentos a favor del progreso, y el moralista, que temía las consecuencias de la opulencia; una tensión que en el pensamiento del autor del *Essay* siempre está presente, sobretodo cuando busca “adaptar la noción de virtud a las exigencias de una sociedad comercial”²⁴.

Ferguson compartía la preocupación que Rousseau manifestara en *Discours sur les sciences et les arts*: “Los políticos de la antigüedad hablaban sin cesar acerca de costumbres y de virtud; los nuestros hablan sólo de comercio y de dinero”. El escocés no fue reacio a admitir los beneficios de la sociedad comercial, pero se negaba admitir que con el nuevo orden económico, la virtud cívica quedara relegada; al contrario, para él esta virtud es garantía de que lo político no iba a ser relegado a un segundo plano. Sin duda, la trascendencia de Ferguson estriba en su ilustre capacidad como observador que le lleva a plasmar con agudeza una serie de juicios sobre los efectos de la modernidad y de la ética del mercado sobre la vida social.

Notas

* Licenciada y Maestra en Ciencia Política, y Doctora en Derecho, de nacionalidad mexicana. Profesora e investigadora de la Universidad Carlos III de Madrid.

¹ Ferguson, A. (1767), *An Essay on the History of Civil Society*, A. Millar & T. Cadell, London. Las versiones actuales más

recomendables son: (1966), *An Essay on the History of Civil Society*, edición e introducción a cargo de Duncan Forbes, University Press Edinburgh y (1997); *An Essay on the History of Civil Society*, introducción a cargo de F. Oz-Salzberger, Cambridge University Press, Cambridge. En español existe la siguiente edición: (1974) *Un ensayo sobre la historia de la sociedad civil*, prólogo de Graciela Soriano, revisión y corrección de J. Rincón Jurado, Instituto de Estudios Políticos, Madrid. De ahora en adelante me referiré a esta obra como el *Essay* y cito por su versión en castellano.

² Los también ilustrados escoceses H. Blair y W. Robertson tuvieron altas consideraciones respecto a esta obra [véase la carta de D. Hume a Blair del 11 de febrero de 1766 en D. Hume (1969), pp. 11 y 12]. Asimismo, Lord Kames, otro destacado ilustrado escocés, escribió sobre el *Essay*: «El argumento, no menos hermoso que interesante, emplea cierta vehemencia en la escritura, y un pensamiento totalmente original» [carta de Lord Kames a E. Montagu, del 6 de marzo de 1767, en Fraser Tytler, Lord Woodhouselee (1807), p. 48].

³ El Barón d'Holbach escribió que tenía una alta opinión sobre el *Ensayo* y que había constatado que Ferguson escribía con gran habilidad y franqueza. “Carta del Barón d'Holbach a Ferguson del 10 de marzo de 1767” en John Small (1864), p. 611.

⁴ Las atenciones en los últimos años al concepto de sociedad civil, como la base de una oposición política a los gobiernos autoritarios y como la fuente del capital social, así como el creciente interés por el republicanismo y la tradición cívica, han conducido a la recuperación del pensamiento de Adam Ferguson. Véanse, entre otros, los trabajos de C. Gautier (1993); E. Gellner (1997); L. Hill (1996); F. Oz—Salzberger (2001); y M. I. Wences Simon (2006a).

⁵ J. Keane (1988), p. 41; G. McDowell (1983), p. 540.

⁶ L. Hill (1996), p. 203.

⁷ Kettler señala, en este sentido, que en el corazón de los escritos de Ferguson se encuentra una persistente búsqueda por armonizar aspectos conceptuales e institucionales de las tradiciones liberal y republicana. D. Kettler (1965), p. 5.

⁸ Véanse J. G. A. Pocock (1972) y (1975).

⁹ D. Hume (1982), p. 19.

¹⁰ A. Ferguson (1974), p. 228.

¹¹ *Ibíd.*, pp. 227-228.

¹² Véase A. Ferguson (1974), p. 228.

¹³ J. P. Séris (1994).

¹⁴ Me ocupo de analizar estos males en M. I. Wences (2006b).

¹⁵ A. Ferguson (1974), pp. 228-229.

¹⁶ Sobre este tema, Ferguson subraya: «Se inventa una disciplina para impulsar al soldado a representar, por el hábito y por el miedo al castigo, los azarosos deberes que el amor a la cosa pública, o el espíritu nacional, no pueden ya inspirar» A. Ferguson (1974), p. 191.

¹⁷ *Ibíd.*, p. 314.

¹⁸ G. McDowell (1983), p. 537.

¹⁹ J. Robertson (1983), p. 137.

²⁰ A. Ferguson (1974), p. 270.

²¹ *Ibíd.*, pp. 323, 340 y 280, respectivamente.

²² *Ibíd.*, p. 266.

²³ *Ibíd.*, p. 280.

²⁴ D. Kettler (1965), p. 164.

Bibliografía

Ferguson, A. (1767), *An Essay on the History of Civil Society*, A. Millar & T. Cadell, London (En español existe la siguiente edición: (1974) *Un ensayo sobre la historia de la sociedad civil*, (prólogo de Graciela Soriano, revisión y corrección de Juan Rincón Jurado), Instituto de Estudios Políticos, Madrid)

Fraser T., Lord Woodhouselee (1807), *Memoirs of the Life and Writings of the Honourable Henry Home of Kames*, dos volúmenes, William Creech, Edinburgh.

Gautier, C. (1993), *L'invention de la société civile*, PUF, Paris.

Gellner, E. (1997), “Adam Ferguson y la sorprendente solidez de la sociedad civil”, en *Metapolítica*, vol. 1, núm. 2, abril-junio.

- Hill, L. (1996), "Anticipations of Nineteenth and Twentieth-Century Social Thought in the Work of Adam Ferguson", en *Archives Européennes de Sociologie*, vol. 1, núm. 37, pp. 203-228.
- Hume, D. (1969), *The Letters of David Hume*, dos volúmenes, (edición a cargo de J.Y.T. Greig), Oxford University Press.
- Idem (1982), "Sobre el comercio", en D. Hume *Ensayos Políticos*, (traducción de Enrique Tierno Galvan), Centro de Estudios Constitucionales, Madrid.
- Keane, J. (1988), "Despotism and Democracy. The Origins and Development of the Distinction between Civil Society and the State 1750-1850", en J. Keane (ed.), *Civil Society and the State*, Verso, London, New York.
- Kettler, D. (1965), *The Social and Political Thought of Adam Ferguson*, Ohio State University Press, Columbus, Ohio.
- McDowell, (1983), "Commerce, Virtue and Politics: Adam Ferguson's Constitutionalism", en *The Review of Politics*, núm. 45.
- F. Oz-Salzberger, F. (2001), "Civil Society in the Scottish Enlightenment", en S. Kaviraj y S. Khilnani (eds.), *Civil Society. History and Possibilities*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Pocock, J. G. A. (1972), "Virtue and Commerce in the 18th Century", en *Journal of the Interdisciplinary History*, vol. 3.
- Idem (1975), *The Machiavellian Moment: Florentine Thought and the Atlantic Republican Tradition*, Princeton University Press, Princeton.
- Robertson, J. (1983), "The Scottish Enlightenment and the Limits of the Civic Tradition", en Istvan Hont y Michael Ignatieff (eds.), *Wealth and Virtue. The Shaping of Political Economy in the Scottish Enlightenment*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Séris, J. P. (1994), *Qu'est-ce que la division du travail?: Ferguson*, Librairie Philosophique J. Vrin (Pré-Textes; 6), Paris.
- Small, J. (1864), "Biographical Sketch of Adam Ferguson", en *Transactions of Royal Society of Edinburgh*, vol. 23.
- Wences Simon, M. I. (2006a), *Sociedad civil y virtud cívica en Adam Ferguson*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid.
- Idem (2006b), «¿Cívica o comercial? Algunas paradojas de la sociedad civil en el ilustrado escocés Adam Ferguson», *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, núm. 196, México D.F.